

pretestos de resentimiento. Puesto D. Enrique al frente de 20,000 hombres que le proporcionaron los tres aliados, pasó á Castilla; y en breve tiempo fué dueño de toda España; pues D. Pedro, faltándole medios de resistencia, se vió en la precision de huir de provincia en provincia, y por último tuvo que refugiarse en Inglaterra, llevando consigo un crecido tesoro, del que se apoderó la escuadra de don Enrique.

No miró con indiferencia Inglaterra la causa de D. Pedro; y para restablecerle en el trono, mandó á España un grueso ejército á las órdenes de un hermano del príncipe de Gales. Una sola batalla perdida por D. Enrique junto á Nájera, bastó para poner todo el reino á disposicion de D. Pedro; quien abusando de la victoria, quitó la vida á muchos prisioneros, y á no pocas personas de distincion; conducta que irritó sobremanera al de Gales, que mandó retirar sus tropas. D. Enrique, que despues de su derrota tuvo que retirarse á Francia, no perdió la esperanza de que la crueldad de su hermano le volveria á poner en sus sienes la corona. El rey de Navarra, á instancias del de Francia, dió á don Enrique en las fronteras de Castilla una fortaleza, donde en breve se reunió un número de tropas suficiente para empezar la conquista: apoderado sin resistencia del reino de Leon y Castilla, pasó á situar á Toledo. Acudia á su defensa D. Pedro, cuando saliéndole al encuentro D. Enrique, se trabó una accion en los campos de Montiel; quedó vencido D. Pedro, y se refugió al castillo. Siendo allí inevitable su ruina, ofreció secretamente grandes donaciones y dinero á uno de los gefes del ejército contrario si le facilitaba la fuga: dicho gefe, que era el francés Guslein, franqueó esta pretension á don Enrique; y de acuerdo con este, citó á D. Pedro á paraje determinado, y allí fué cruelmente asesinado, siendo D. Enrique el primero que le clavó su puñal.

Enrique II. (Año 1369.)

La generosidad, afabilidad y prudencia de don Enrique II hicieron que los españoles mirasen como el mayor bien la usurpacion y fratricidio con que este acababa de subir al trono. No faltó desde luego quien se le disputase; pues por una parte le pretendia el portugués, que se creia con mas derecho, y por otra el inglés, que por estar casado con una hija de don Pedro, y por haber sido reconocidos en córtes los hijos de este habidos en la Padilla, le pretendia para sí. Los otros hijos de don Pedro, inclu-

dos los que tuvo de la de Castro, estaban ya en poder de don Enrique. Este rey magnánimo, á pesar de lo apurado de su erario, halló recursos para todo en el amor de sus pueblos. Arregló amigablemente sus desavenencias con el aragones y granadino, que favorecian á los dos pretendientes; y para contentar al navarro casó á su hija doña Leonor con el primogénito de aquel rey; y mientras el inglés llamaba su atencion la Francia, acometió don Enrique al portugués, y despues de tomarle varias plazas y abrasar á Lisboa, le obligó á pedir la paz y renunciar á sus pretensiones. Equipó luego una armada, que en union con la francesa, destrozó en batalla naval á la de los ingleses: con lo que quedó don Enrique pacífico poseedor del reino, cuyos intereses fomentó extraordinariamente en el poco tiempo que sobrevivió al completo triunfo contra todos sus enemigos. Los sabios consejos que al morir dió á su hijo, son dignos de un rey cristiano y prudente.

Juan I. (Año 1379.)

Fiel observador de los consejos de su padre, seguia D. Juan I haciendo la felicidad de sus pueblos; mas hallando ocasion de pagar los servicios que por su predecesor habia hecho la Francia; cuando estaba esta á punto de sucumbir, la envió de socorro numerosas tropas de mar y tierra, y obligó á que desistiesen de aquella guerra los ingleses: resentidos estos de la conducta de D. Juan hicieron renovar las pretensiones de Lancaster á la corona de Castilla. La muerte del rey de Portugal favorecia sus intentos; porque debiendo, segun pacto, heredar aquel reino el infante D. Enrique, hijo de D. Juan y de doña Leonor su esposa, infanta de Portugal, y temiendo los portugueses que su reino se convirtiese en provincia de Castilla, ofrecieron favorecer al de Lancaster, á trueque que este por su parte favoreciese tambien las pretensiones de don Juan, hijo de D. Pedro y de la Castro, á la corona de Portugal. Batida la escuadra inglesa por la castellana, quedaron solos los portugueses; y las armas de D. Juan de Castilla llegaron victoriosas hasta Lisboa, de la que se hubieran apoderado, si la peste no hubiera precisado á levantar el sitio. Volvió D. Juan á la primavera siguiente á continuar la guerra, que le fué muy fatal; pues habiendo imprudentemente acometido con sus tropas cansadas al enemigo, que esperaba en posiciones muy ventajosas, fueron derrotados los castellanos en las inmediaciones de Aljubarrota; y el mismo rey debió su salvacion á su mayordomo

Mendoza, que le cedió su caballo, muriendo él víctima de su generosidad. Envaneció tanto á los portugueses esta victoria, que como si no quedasen ya castellanos que vencer, enviaron á llamar á Lancaster para que viniese á tomar posesion del reino: vino en efecto con toda su familia, y con numerosas tropas que le siguieron de Inglaterra. Se coronó en Santiago; mas su breve reinado no pasó de Galicia; porque D. Juan, talando los pocos pueblos que mandaba su contrario, hizo que le faltasen las subsistencias, y que admitiese la paz que le propuso el castellano. Quedó pues ratificada, bajo la condicion de que el infante primogénito de Castilla, que fué el primero que se llamó principe de Asturias, se habia de casar con la hija de Lancaster, y que este habia de ser indemnizado por los gastos de la guerra con 600,000 francos de oro. Tambien se ajustó la paz con los portugueses, dando en esto D. Juan una prueba de generosidad; pues se avino con sus enemigos amistosamente, cuando por su posicion superior podia darles la ley: ni fué en esto solo en lo que manifestó lo bondadoso de su carácter. De resultas de guerras y disensiones políticas habian tenido que fugarse á tierra de moros muchos caballeros cristianos; y D. Juan, no solo les permitió volver á sus hogares, sino que quiso tambien favorecerlos con su presencia, y aun tomar parte en los torneos á caballo, con que aquellos espatriados celebraban su regreso. No era sin duda el rey tan diestro como ellos en manejar caballos: y precipitado por la fogosidad del suyo, dió una caida, de que murió en el acto. Su hijo D. Enrique, que tenia solo 11 años, le sucedió en el trono.

Enrique III. (Año 1390.)

Era don Enrique III de cuerpo débil y enfermizo, pero de una alma grande y generosa. A quien primero hizo conocer la firmeza de su carácter fué á la multitud de gobernadores, que durante cuatro años que habian regido el Estado, habian abusado del poder aumentando sus intereses á costa de los pueblos; mas don Enrique, que segun él decia, *temía mas el odio de sus súbditos que las armas de sus enemigos*, juntando cortes, se declaró, á pesar de los regentes, fuera de la menor edad. Opusieron con palabras los arzobispos de Toledo y Santiago; mas el duque de Benavente, el marqués de Villena y los condes de Trastamara y Gijon, todos regentes, se hicieron fuertes con sus partidarios en diferentes lugares; pero al ver la firmeza y pre-

parativos del rey, el de Villena y Trastamara pidieron y obtuvieron el perdon: tambien se le concedió al de Gijon, que le pidió despues que fueron derrotadas sus tropas. El de Benavente, que despues de perdonado se le cogió una correspondencia sediciosa, fué conducido á la fortaleza de Almagro. Habiendo los portugueses en plena paz sorprendido á Badajoz, marchó contra ellos don Enrique; y causándoles mucho daño por tierra, y destrozándoles la escuadra á vista de Lisboa, les obligó á pedir la paz, que se les concedió prévia la restitution de Badajoz. No fué menos feliz la expedicion mandada contra Tetuan, que se tomó; viniendo á poder de los españoles las muchas riquezas que allí tenian ocultas los piratas, que tambien quedaron imposibilitados para continuar sus robos, pues fueron quemados los barcos. Asegurada la paz, se dedicó don Enrique á procurar la felicidad del reino: puso buen órden en la administracion de las rentas; hizo que los grandes restituyesen á la corona lo que sin título y suficiente razon se habian apropiado; logrando con estos medios, sin gravar á los pueblos, pagar todas las deudas y enriquecer el Erario. En aquel tiempo, un monge, llevado del celo de religion, consiguió alucinar al maestre de Calatrava y á una porcion de soldados, que llevados del mismo espíritu, enarbolando la cruz, entraron por tierra de Granada desafiando á la morisca entera; mas como no eran Cides, fueron todos pasados á cuchillo en el primer encuentro. No habia don Enrique tenido parte en aquella imprudente y peregrina expedicion; y así se lo hizo entender al granadino; pero aunque por entonces se dió este por satisfecho, no dejó de servirle de pretexto para hacer mas adelante una incursion en Castilla. Trataba D. Enrique de reprimir aquella osadía, y aun de lanzar enteramente de la península á los moros; mas cuando estaba acordando con las cortes los medios de llevar á cabo sus intentos, le arrebató la muerte con sentimiento universal del reino. De este rey se refiere una anécdota muy singular, ocurrida en los primeros años de su reinado. Deseando pagar las deudas de sus antepasados sin gravámen de los pueblos, se resolvió á cercenar los gastos de palacio hasta el extremo de que, no habiendo puesto un día comida por no tener de qué, empeñó su capa para que le trajesen una pierna de carnero. No faltó quien, aprovechando la ocasion, dijese al rey que en aquella noche en que él se hallaba tan apurado, los dilapidadores y causantes de su deuda tenian una gran cena en la posada del arzobispo de Toledo: no despreció el rey

el aviso; y tuvo la humorada de presenciarse el convite disfrazado entre los sirvientes. Mas al día siguiente, llamando á palacio á todos los convidados, y dirigiéndose al arzobispo, le preguntó que cuantos reyes habia conocido en España. «Tres», contestó el anciano prelado: pues yo, replicó el rey, con ser tan jóven he conocido veinte; y no debiendo haber mas que uno, ya es tiempo de que lo sea yo solo. Y haciendo al mismo tiempo entrar la tropa que tenia preparada, les dijo lleno de indignacion: «aquí morireis, traidores, porque debo el sacrificio de tanto injusto tirano á la conservacion de mi persona, y al bien de mis vasallos.» Postráronse todos á sus pies implorando de su clemencia solo el perdon de sus vidas: concedióseles el rey; mas no les dió libertad hasta que rindieron cuentas y pagaron al erario todos sus alcances. Anuló las pensiones que ellos mismos se habian señalado, y cobraban del patrimonio real; y les precisó á entregar los castillos y fortalezas de que se habian hecho dueños durante su tutela.

NAVARRA. 1305. Luis Utin, que fué al mismo tiempo rey de Francia y de Navarra, reinó pacíficamente once años. Dejaba al morir por heredera del reino á su hija doña Juana; pero antes que ella reinaron, porque eran mas fuertes, su tio D. Felipe, don Carlos I, *el Hermoso*, y D. Felipe de Valois. Este, por impulso de su conciencia, cedió á doña Juana II el reino, que segun las leyes le correspondia, quedándose él solo con la Francia. Bajo el dominio de doña Juana II floreció extraordinariamente el reino de Navarra.

1349. La doblez y crueldad de don Carlos II le merecieron el odioso renombre de *Malo*.

1388. La afabilidad y generosidad de D. Carlos III le grangeó el nombre de *Noble*: mantuvo sus pueblos en la mayor tranquilidad.

ARAGON. Año 1327. Era viudo y tenia ya un hijo D. Alonso IV, cuando fué jurado rey, bajo la condicion de no enagenar cosa alguna de la corona en perjuicio del sucesor; pero habiéndose casado en segundas nupcias con doña Leonor, infanta de Castilla, la cedió en dote á Huéscá; y habiendo tenido algunos hijos de este matrimonio, les dió el señorío de varios pueblos. Opusieron con vigor, y sin temor á semejante arbitrariedad, las córtés de Aragon y Valencia, y precisaron al monarca á que anulase aquella disposicion; pero no mucho despues, pudiendo mas en el ánimo del rey la induccion de la reina, que la autoridad de las córtés, fueron ratificadas las donaciones primeras, y atrocemente perseguidos los procuradores que mas se habian distin-

guido por su oposicion; lo que ocasionó á la reina el ódio de toda la nacion y del principe heredero.

1336. Apenas ocupó el trono, por muerte de su padre, D. Pedro IV, cuando secuestró todas las rentas que á su madrastra la reina habian sido consignadas en aquel reino. Tomó como cosa suya el rey de Castilla la causa de su hija, y el aragonés, por evitar la guerra, permitió que doña Leonor disfrutase, mientras viviese, la donacion que la habia hecho D. Alonso: pero con la condicion de que volviese otra vez á la corona despues de su muerte.

Desde el reinado de D. Jaime estaba separada Mallorca del reino de Aragon; y si D. Pedro no tenia un suficiente motivo para reincorporarle á sus estados, no le faltó resolucion y fuerza para ejecutarlo, obligando á D. Jaime, rey de aquella isla, á que le cediese el pleno dominio de aquel pequeño reino. No teniendo aun hijos varones, quiso que fuese reconocida por sucesora inmediata á la corona su hija primogénita. Era esta disposicion contra las leyes de aquel reino, y el rey tuvo que ceder á la fuerza: y revocando su pretension, reconoció á su hermano por inmediato sucesor: se habria ahorrado la sangre que se vertió en estas contiendas, si D. Pedro no hubiera sido tan vivo de genio; pues cuando murió dejó de su tercer matrimonio dos hijos, que fueron sucesivamente reyes de Aragon.

1387. Heredó la corona como primogénito, don Juan I: reinó ocho años, y murió precipitado del caballo en una cacería. Fué poco noble el rigor que uso con su madrastra, haciéndola dar tormento, porque la atribuian haber hechizado á su marido, y estraído de palacio algunas preciosidades.

1395. Correspondia la corona por muerte de don Juan á su hermano don Martin, actual rey de Sicilia, en donde se hallaba. Aprovechando aquella ausencia el conde de Fox, pretendió ser reconocido por rey; mas cuando llegó don Martin, ya halló pacificado el reino; pues las acertadas disposiciones de su esposa y la firmeza de los aragoneses habian precisado al de Fox á retirarse á Francia. Fué breve el reinado de don Martin; y por haber muerto tambien su hijo único, ocurrieron notables desavenencias á causa de los muchos que se disputaron el derecho de heredar el cetro.

Sucesos del siglo XV, hasta la dominación de la casa de Austria.

TABLA CRONOLÓGICA DE LOS REYES.

Principio de su reinado.	Nombres de los reyes.	Duración de su reinado.
Años.		Años.
1406.	Juan II.	47
1454.	Enrique IV	20
1474.	Isabel I con Fernando V de Aragon.	51
<i>Juan II. (Año 1406.)</i>		

Hallábanse reunidas las cortes cuando murió don Enrique, y ó bien porque su hijo don Juan II, que solo contaba catorce meses, no estaba en disposición de reinar, ó fuese por odio á su padre, los procuradores ofrecieron la corona al infante don Fernando; mas fué tan generoso que solo admitió la regencia del reino en compañía de la madre del rey niño: y para evitar las desavenencias que algunos intentaren entre los dos regentes, se dividieron las provincias, encargándose la reina del gobierno de las de la parte del Norte, y don Fernando de las del Mediodía, donde por las invasiones de los moros era mas necesaria su presencia. Habian los granadinos sitiado á Alcaudete; y aunque fueron rechazados con gran pérdida, no por eso dejaban de dar cuidado sus armas: marchó contra ellos don Fernando, los venció, les tomó á Antequera, y por mar les desvarató dos escuadras, y les obligó á que pidiesen la paz y se firmo una suspension de armas por diez y siete meses.

Llamado don Fernando para la corona de Aragon, quedó la regencia en manos de la reina, que murió dos años despues. Aunque don Juan II no contaba á la sazón mas que 13 años, desposándose con doña Maria, hija de don Fernando, se declaró fuera de la menor edad, y empezó á gobernar por sí, ó por mejor decir, por don Alvaro de Luna; cuyos enemigos eran tantos, cuantos aspiraban á dominar el tierno corazón del rey. Don Enrique, infante de Aragon y maestre de Santiago, apoderándose de don Juan, le tenia como confinado en Tordesillas; pero don Alvaro pudo estraerle de allí, y le condujo al castillo de Montalvan, sin que desde entonces volviese

se al poder de don Enrique, por mas que este lo intentó. Medió en estas desavenencias la reina, viuda de don Fernando de Aragon, y madre de don Enrique; mas cuando este aparentaba sincerar su conducta, se le interceptó una correspondencia, en la que se descubrió la invitacion que hacia al granadino para que invadiese á Castilla: por lo que fué aprehendido el infante, y exonerado de todas sus dignidades. Exigió el rey de Aragon la libertad de su hermano, y la consiguió; pero como es muy raro el que se corrige del crimen que impunemente comete, así D. Enrique no tardó en conspirar de nuevo contra el rey: logró que abrazasen su partido la misma reina y el principe de Asturias; y D. Alvaro fué por fuerza separado del lado de la real persona. Apoderados así del mando los sublevados, se repartian entre sí los oficios mas lucrativos; pero la union de estos duró tan poco, como suele durar la liga formada por la ambicion. El principe de Asturias, separándose de ellos, reunió un considerable número de tropas, é hizo que se le uniese su padre. Quisieron los que mandaban sostener sus puestos á todo trance; llamaron, y vino en su apoyo el rey de Navarra; pero en una sangrienta batalla que se dió junto á Olmedo, quedó la victoria por D. Juan, y deshechos los planes de los rebeldes.

Era tan débil el carácter del rey, que jamás acertó á mandar por sí solo, y así apenas caian unos á sus pies cuando se encumbraban otros sobre su corona. Volvió D. Alvaro á su antiguo favoritismo, y con él nuevas disensiones. Murió por entonces la reina; y D. Juan se casó poco despues con una infanta de Portugal, solo por condescender con los deseos del favorito. No pudo el principe de Asturias mirar con indiferencia tanta humillacion en su padre, y bruscamente se separó de él. Padre é hijo hubieran venido á las manos, á no haber mediado varios prelados, que lograron reconciliarlos. Mostróse desde entonces el principe muy obsequioso con su padre; y como en su interior nunca cedió de su odio contra el favorito, aprovechó la ocasion que le presentó el mismo fausto de D. Alvaro para hacer entender á su padre que aquel boato tendia á hacerse superior á la dignidad real. Favorecian varios nobles las insinuaciones del principe; pero todo hubiera sido en vano, si un acto de venganza no le hubiera derribado para siempre. Supo D. Alvaro que D. Alfonso de Vivero, uno de sus mas favorecidos, era de los que secretamente le hacian mayor guerra; y convidándole á comer, sin manifestar su resentimiento, le precipitó de una torre. No pudo disculparse de aquel atentado; y juz-

gado por un tribunal, fué por unanimidad condenado á muerte, y la sufrió con serenidad en un público cadalso en Valladolid. En la misma ciudad murió no mucho despues, á impulso de una fiebre, D. Juan II, cuyo reinado, si bien fué desgraciado por las guerras intestinas á que dió lugar por su imbecilidad, también supo contener al aragonés y vencer al granadino; y su memoria no deja de ser muy grata para los amantes de las letras, pues fué su decidido protector. Las obras del marques de Villena, Mendoza, Fernan Perez, y Juan de Mena y otros escritores de aquel tiempo, fueron como los cimientos sobre que se empezó á levantar en España el edificio de las ciencias, y que en el siguiente siglo llegó ya á la mayor altura.

Enrique IV. (Año 1454.)

Antes que muriese D. Juan II ya adolecia su hijo D. Enrique del mismo defecto que tanto habia afeado en su padre. Apenas ocupó el trono, confirió á D. Juan Pacheco el título de marqués de Villena, sin otro mérito que el del favoritismo; y no fué el único yerro á que le condujo esta debilidad, demasiado comun en los reyes. Entre otros, que debieron su ascenso á solo el favor, se cuenta D. Beltran de la Cueva, que de paje de lanza llegó á ser mayordomo mayor; y aun se le acusó, no sin graves indicios, de trato ilícito con la reina, del que aseguraron haber sido fruto doña Juana, llamada la Beltraneja. Es lo cierto que el rey era tenido por impotente; por tal habia sido judicialmente reconocido, y disuelto por lo mismo con autoridad del Papa su primer matrimonio con una infanta de Navarra. Esto no obstante, el buen D. Enrique, asegurando que su impotencia habia sido solo temporal, reconoció por suya á la Beltraneja, y quiso fuese jurada por legítima sucesora en la corona. Negóse á ello mucha parte de la grandeza, y aun pasaron al extremo de declarar solemnemente, y con ceremonias jamas usadas, la inhabilidad del rey para gobernar; y sacando al infante D. Fernando de la prision en que estaba detenido en Segovia, le proclamaron rey por Castilla. Se hizo tan universal este grito, que para acallarle, se vió precisado D. Enrique á reconocer por heredero presunto del reino á D. Fernando su hermano; pero con la condicion de que se habia de casar con la Beltraneja. Cesaron con esto los clamores, á lo que tambien contribuyó mucho la toma de la plaza de Gibraltar, que casi abandonada por los mo-

ros, cayó entonces en poder de D. Enrique. La prematura muerte de D. Fernando vino á turbar la tranquilidad general. Los grandes ofrecieron la corona á su hermana doña Isabel; mas esta la rehusó, diciendo que no la correspondia hasta la muerte de D. Enrique, de quien se exigió y obtuvo que la reconociese por sucesora en el trono, escluyendo á la Beltraneja. Pero como doña Isabel hubiese contraido matrimonio con D. Fernando, entonces infante, y despues rey de Aragon, se irritó tanto D. Enrique, que de nuevo hizo reconocer á su llamada hija por sucesora, y la prometió en matrimonio al rey de Portugal. Mucho trabajaron algunos grandes para que D. Enrique revocara tal declaracion; pero fué en vano, y la confirmó en su muerte.

Isabel I y Fernando V. (Año 1474.)

Aunque contaba doña Isabel I con el voto de la mayor y mas sana parte de los pueblos, no logró ocupar pacíficamente el trono, sino despues de haber ganado dos batallas al portugués, que pretendia reinar en nombre de su mujer la Beltraneja. Unidos por aquel tiempo el reino de Aragon al de Castilla, formaban ya una monarquía respetable por sí, y lo fué mucho mas por haber tenido á su frente á los dos reyes católicos D. Fernando V de Aragon y doña Isabel I de Castilla. La quietud en que se mantenian los pueblos sujetos á su gobierno, les sugirió la idea de espulsar de nuestro suelo á los sarracenos, que aun ocupaban el fértil reino de Granada. Hacia muchos años que no pagaban á Castilla el feudo que la debian: exigieron el pago los reyes católicos; pero los moros le negaron con altanería; y esta fué la señal de guerra entre los dos reinos. No tenia el granadino bastantes fuerzas para tomar lo ofensiva; pero se preparó para resistir á los ataques de los castellanos, que á pesar de una obstinada oposicion se apoderaron sucesivamente en siete campañas de un gran número de ciudades, quedando reducidos los moros á solo el recinto de Granada. Estaba don Fernando al frente de las operaciones militares, y doña Isabel cuidaba de proveer al ejército de todo lo necesario; y como no alcanzasen las rentas del estado para cubrir tanto gasto, se desprendió con heroica generosidad de sus mismas joyas, y empleó su valor en asistir á las tropas. Los moros arrojadados de sus respectivas poblaciones, se habian ido refugiando á su capital Granada: allí esperaban á D. Fernando resueltos á perecer antes que doblar su cerviz á los cristianos. Cincuenta mil de estos la

pusieron tan riguroso sitio, que al cabo de seis meses la rindieron por el hambre. D. Fernando, parapetando sus tropas al frente de la muralla, sin comprometer ninguna acción, repelía siempre con ventaja las salidas de la plaza. Un accidente imprevisto contribuyó mucho á que los granadinos perdiesen enteramente la esperanza de que se levantase el sitio. Por un descuido se prendió fuego á deshora de la noche en el aposento de la reina; cundieron las llamas por todo el campamento, que como formado de chozas y tiendas de campaña, no tardó en ser reducido á cenizas. Para evitar otra ocurrencia igual, mandó doña Isabel que se formase el campamento de piedra; con lo que como por encanto se fundó allí una ciudad que llamaron *Santa Fé*. Así quedaron los sitiadores al abrigo de la inclemencia del tiempo, y los sitiados desesperanzados de todo auxilio, y desunidos entre sí, abrieron por capitulación las puertas; y los reyes católicos tomaron posesión de aquella rica ciudad, en medio de los cánticos religiosos, y del regocijo de que todos se hallaban animados por la total espulsión de los sarracenos de los dominios de España. Setecientos sesenta y seis años hacia que los moros habían ocupado la península, y en todo aquel tiempo apenas habían cesado de correr arroyos de sangre humana. ¡Tanto fué necesario para expiar el desacerto y crimen de pocos años! Criminales son los gobernantes que por incuria ó maldad no precaven tantas desgracias.

No contentos los reyes católicos con haber sojuzgado á los moros en España, trataron de asegurar sus reinos de ulteriores invasiones. Bien guardadas las costas, pasó al Africa el ejército cristiano; se apoderó de muchas poblaciones, y obligó á que pagasen tributo los reyes de Tremecen y de Túnez. Como los reyes católicos hacían la guerra mas por espíritu de religion que de conquista; para evitar las sublevaciones que con motivo del culto pudieran ocurrir, obligaron tanto á los moros como á los judíos residentes en España, á que se bautizasen ó á que saliesen del reino; mas como podia suceder, que muchos abjurasen su secta solo en la apariencia, se estableció para que los velase y juzgase el tribunal de la inquisición. Estas medidas, que solo pudieran ser loables en aquellas circunstancias, ocasionaron algunas alteraciones en las Alpujarras de Andalucía, donde habían fijado su residencia muchas familias sarracenas: y los judíos estrajeron consigo muchos tesoros, cuya falta se hizo menos sensible por el oro que entonces empezó á venir de las Américas, cuyo descubrimiento y

conquista se debió al inmortal Colon, que obtuvo de la ilustración y generosidad de los reyes católicos los auxilios necesarios para tan arriesgada y memorable empresa.

Habiendo muerto el rey de Nápoles, y negándose los naturales á reconocer á su hijo, creyó el francés tener derecho á ocupar aquel reino con las armas. Con mejor razon pudiera hacerlo D. Fernando, pero lejos de pretenderle para sí, envió sus tropas comandadas por el Gran Gonzalo, para que, auxiliando la liga, que con el nombre de *Santa* se había formado en Italia, espeliese al francés y pusiese en pacífica posesión de aquel reino al legítimo sucesor. Muerto luego este, se repartieron aquellos estados entre la Francia y España; pero no sin que precediese una sangrienta lucha siempre desfavorable á los franceses.

Mientras los católicos reyes estendian en Nápoles y las Américas su dominio, no descuidaban del arreglo interior del reino. La grandeza española, que hasta aquí había ejercido un poder absoluto en sus estados, y que mas de una vez había hecho vacilar la corona en la cabeza de los reyes, fué despojada de muchas de sus prerogativas: y las órdenes militares de Santiago, Alcántara y Calatrava, que obrando independientes y con los muchos caballeros que servían á su sueldo, en las guerras civiles solían casi siempre dar la ley, fueron sometidas á la autoridad de los reyes; que con no menos interés que política se hicieron nombrar perpetuos maestros natos de aquellas órdenes. Así quedó la autoridad real sin un contrapeso tan saludable, para suplir la ineficacia de las leyes en las monarquías absolutas. Hubieran sido muy loables estas disposiciones de los reyes, si hubieran dado á los pueblos el poder que rebajaron á la aristocracia; pero lo quisieron todo para sí: y aun las mismas Cortes, á cuya autoridad hasta entonces se habían sometido todos los reyes de España, quedaron casi anuladas. Pero era tal la política de los reyes católicos que, dorando las cadenas con que mas y mas sujetaban á los pueblos, les obligaban á callar y aun á mostrarse agradecidos á los desvelos, con que aquellos mismos reyes procuraban el bien y prosperidad del reino. Eran los beneméritos recompensados con régia munificencia, y puestos al frente de los negocios públicos los mas capaces de desempeñarlos. El fomento y protección, que entonces hallaron las ciencias, produjeron aquellos hombres grandes que recuerda aun con gratitud la historia. Los nombres, entre otros, del arzobispo Gimenéz de Cisneros, perpétuo consejero de la reina;